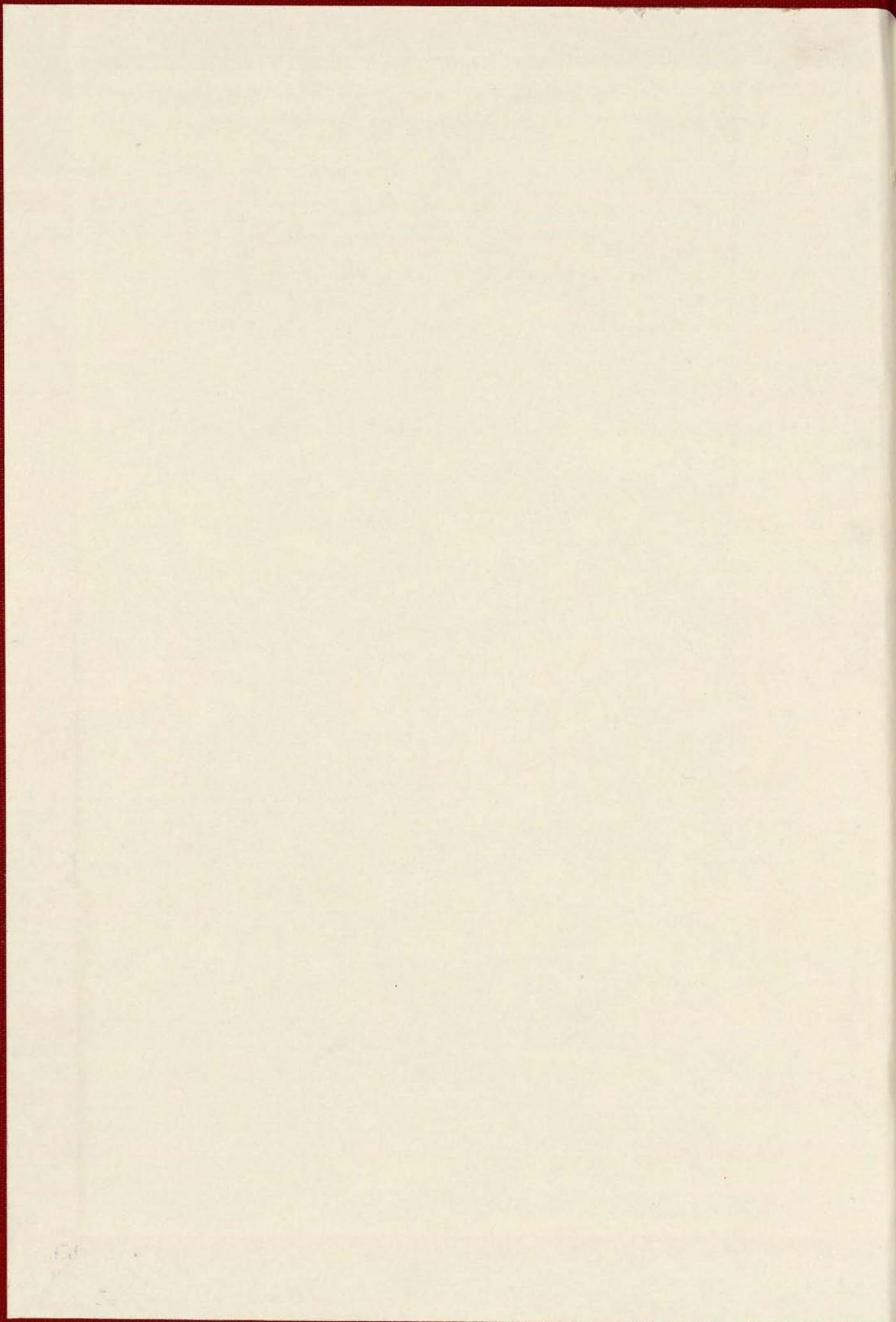


A-C.24
10





61 24/10

S E R M O N
DE SAN JUAN DE DIOS,
PREDICADO
EN LA IGLESIA DE SU HOSPITAL,
Y CASA DEL VENERABLE PADRE
A N T O N M A R T I N,
DE LA VILLA Y CORTE DE MADRID

Por el M. R. P. Fr. Vicente Facundo Labaig y Lasala,
del Orden de San Agustin, Lector de Teología en su
Real Convento de Valencia, Exáminador por el Real
Consejo de las Ordenes, y Socio de la Real Academia
Latina Matritense, dia 15 de Marzo, y último de
su Octava, en que hacía la Fiesta su Religiosa
Comunidad, año 1799.

*Lo dá á luz la fervorosa devocion de un Excelentísimo
Señor, hermano de la misma Orden
Hospitalaria.*

CON LICENCIA.

EN LA IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJO DE MARIN.

AÑO DE 1799.

28073
S E R M O N
DE SAN JUAN DE DIOS
PREDICADO
EN LA IGLESIA DE SU HOSPITAL,
Y CASA DEL VENERABLE PADRE

A N T O N M A R T I N,
DE LA VILLA Y CORTE DE MADRID

Por el M. R. P. Fr. Vicente Facundo Labaig y Lasala,
del Orden de San Agustín, Lector de Teología en su
Real Convento de Valencia, Examinador por el Real
Consejo de las Ordenes, y Socio de la Real Academia
Latina Madrileña, día 15 de Marzo, y último de
su Oitava, en que hacía la Fiesta su Religiosa
Comunidad, año 1799.

Lo he á ver la fúerosa dición de su Real Academia
Sitor, hermano de la misma Orden
Hospitalaria.

CON LICENCIA
EN LA IMPRINTA DE LA VIDA É HIJO DE MARIN
AÑO DE 1799.



¿*Quis tibi videtur proximus?... qui fecit misericordiam.*

¿Cuál te parece que puede llamarse próximo? el que usó de misericordia. *San Lucas, c. 10. vv. 36. y 37.*

Con que en fin, Señores, ¿un hombre Samaritano habia de confundir la falsa piedad de aquellos hipócritas sábios, que cauterizando sus conciencias, pretendian pillar á Jesu-Christo en sus obras y palabras? Un hombre, y no como quiera, sino un hombre doctor, intérprete y maestro de la Ley, ¿ha de celebrar y canonizar la conducta de un Samaritano, á pesar de las abominaciones que separaban á esta nacion cismática del resto de los verdaderos Israelitas? ¿Ha de encontrarse en Efraim rebelde, lo que el verdadero Jacob deseaba tanto en sus amados Judá y Benjamin? ¿Qué significa el infelíz del evangelio tendido en el suelo, cubierto de heridas, despojado por los ladrones, y medio muerto en el camino de Jericó? ¿Qué viene á ser la dureza del Sacerdote, la indiferencia del Levita, y la misericordia del compasivo Samaritano? Mi gran Padre San Agustin, con San Ambrosio, San Basilio, San Juan Chrisóstomo, y otros muchos Padres afirman, que el miserable, colocado entre Jerusalém y Jericó, de quien habla el evangelio, es Adán: Jerusalém, el paraíso delicioso, en el que fué constituido por su criador: Jericó, este mundo turbulento, lugar de corrupcion y

de destierro , reyno de iniquidad y de mentira : los ladrones en cuyas manos cayó el infeliz Adán , son los demonios que le despojaron de la preciosa vestidura de la inocencia y justicia original , cubriéronle de llagas y mortales heridas , obscurecieron su entendimiento , desordenaron su voluntad , enervaron sus fuerzas , atropellaron con todas sus facultades. ¡ Culebra envidiosa ! Tú dexaste al hombre medio muerto ; y aunque no le falte algun conocimiento y libertad para abrazar el bien moral , sin la gracia del Redentor , no podia esperar mas que el infierno y males para sin fin.

Quando consideramos al hombre feliz , veis ahí un efecto de Dios y de su predileccion : quando le consideramos infeliz , veis ahí el efecto , ó por decir mejor , el defecto del mismo hombre. Juzgad , Señores , de la calidad del mal por la calidad del Médico que en uno y otro lance se necesitaba para el remedio. Nada podia contribuir por lo que mira al primero , ni el Sacerdote ni el Levita con todo el aparato de sus antiguos sacrificios y ceremonias : *pertransiit Sacerdos , similiter & Levita præterivit* (1). El uno y el otro vieron el mal sin compadecerse ; quiero decir , el hombre , por medio de la ley natural y la ley escrita , figuradas en el Sacerdote y el Levita , de quienes eran Ministros , pudo conocer bien la llaga del pecado , pero faltábale la virtud necesaria para curarla. Se hacía , sí , desear aquel Divino Samarita-

(1) Cap. 10. de San Lucas , del qual tomó la Iglesia el Evangelio para la Misa del Santo , cuyo texto se notará en adelante , pero se omitirán las citas por evitar la repetición.

no, como sufrió ser llamado despues, quando tomando sobre sí nuestra frágil, vil y miserable carne, la restaurase á costa de sacrificios de un precio y de un valor infinito.

Despues de ésto, á mí ya me es indiferente saber si esta historia evangélica, sobre la qual pretendo formar mi discurso, es una realidad ó una parábola. Sea lo que fuere, ella nos obliga á responder con el arguloso Fariseo, que si estamos á lo escrito en la ley, aquel será verdadero próximo que usáre de misericordia con el suyo: *¿Quis tibi videtur proximus? qui fecit misericordiam.* Pero yo, Señores, de propósito no quise exponer aquí sino solo el sentido místico y espiritual de estas misteriosas palabras, para que si ellas nos acuerdan una verdadera historia, la veais nuevamente representada; y si es una parábola, literalmente cumplida en la persona del Samaritano evangélico, modelo, apóstol, víctima de la caridad, apoyo de la miseria afligida, asilo de la humanidad, Padre y Patriarca de un Orden respetable hasta de los mismos hereges, el hombre de muchos hombres, San Juan de Dios.

Yo no temo llamarle Samaritano despues que Jesu-Christo le representó en figura, y quando en todos los hechos de su prodigiosa vida no se advierte otra cosa sino el perfecto cumplimiento de aquel gran precepto en que consiste toda la ley: *amarás á tu Dios, y amarás á tu próximo* (1). Si informado de todo lo que deseó, executó, y consiguió este abra-

(1) Tema y argumento del Sermon del mismo Santo, predicado en su dia propio del mismo año, y primero de la octava por el mismo Autor.

sado serafin , ó llamémosle hombre de fuego y segundo Elías : conocemos que él solo fué el que se dedicó y consagró al consuelo de sus hermanos afligidos, llagados , oprimidos del dolor y la enfermedad ; y el que con toda extension y sin reserva fué solo *qui fecit misericordiam* ; ya no preguntemos osadamente á quién está vinculado este inmortal tributo de alabanzas, la gloria de la santidad, y la corona de la eterna vida : *quid faciendo vitam æternam possidebo?* Sepamos todo lo que él hizo , exâminemos cuánto padeció , y hagamos otro tanto nosotros de nuestra parte : *vade & tu fac similiter*. Tal es el objeto que yo me propongo en este elogio.

1 *El mérito de la caridad evangélica.*

2 *La recompensa de esta misma caridad.*

Mérito y recompensa practicado y recibida por un Samaritano , y corona igualmente preparada á los que siguiesen sus exemplos : *vade & tu fac similiter*.

Pero guardaos de concebir por esta voz *Samaritano* , que Juan de Dios fuese alguno de aquellos hombres, que prevenidos por el Señor desde su edad mas tierna con abundantes bendiciones de dulzura y suaves impresiones de la gracia , disipase por algun tiempo este rico caudal que se le habia confiado. Bien os acordaréis que en mi anterior elogio no quise llamar conversion su tránsito á una caridad mas perfecta. Le considero como Samaritano, con respecto á los destinos de Pastor y de Soldado , ejercicios en que ordinariamente se entibia ó se pierde el fervor de la caridad ; ó con relacion á los oficios de aquella gran misericordia á que el Señor le tenia destinado. Con igual , y aun con superior motivo podría decirse que

Juan de Dios , en este sentido , cayó en manos de ladrones , que lo robaron y despojaron , que le llenaron de llagas y mortales heridas , pero que encontró tambien con Jesu-Christo que lo curó ; derramó sobre él el vino de la caridad , y el aceite de su gracia ; le conduxo al asilo de misericordia ; se encargó de su cuidado , y le hizo recobrar con usura otro tanto como pudiera haber perdido. Y Juan de Dios por justicia , por amor , por reconocimiento , ¿ no haria otro tanto por sus hermanos como Jesu-Christo habia hecho por él ? ¿ No diremos que Jesu-Christo fué el Samaritano figurativo para Juan de Dios , y éste fué el verdadero y literal para su próximo ? ¿ Qué falta sino que el mismo Fariseo orgulloso que pretendió tentar á Jesu-Christo , arranque á su corazon la confesion mas gloriosa ? y mientras se atreve á morder lo mas puro y hermoso que tiene la Religion y la Iglesia , llegue á San Juan de Dios , é impelido de una fuerza victoriosa , exclame : *hic est meus proximus*. Éste , éste es mi verdadero próximo , éste el varon de misericordia , éste el héroe de la caridad.

Mas yo , Señores , quando me atrevo á pronunciar que Juan de Dios fué el único que usó de misericordia con su próximo , no pretendo deprimir el mérito de tantos Sacerdotes y Levitas que pasaron antes por los caminos de Jericó. Bien sé que las Ordenes religiosas han sido establecidas para ocurrir á las diferentes necesidades de la Iglesia , y para llamar las funciones de las diversas partes de la gerarquía eclesiástica. Las unas combaten la vanidad del mundo , por su humildad y sumision : las otras con-

fundén la delicadeza de los mundanos, por su pobreza y sobriedad: éstas convierten á los pecadores por su predicacion: aquellas asisten é instruyen á la juventud por su zelo. Así que todos estos miembros componen el cuerpo místico de la Santa Iglesia, el qual podemos comparar al que nos pinta el sagrado Esposo en los Cantares (1): porque los unos le dán una cabeza de oro por su sabiduría y sus escritos, los otros ojos de paloma por sus gemidos y penitencia; éstos labios de coral por su predicacion y su doctrina; aquellos dedos de zafiro, conduciendo á países extraños las limosnas de los fieles en rescate de su cautividad. Faltaba sin embargo quien le diese manos de jaeinto por su hospitalidad y misericordia, y ésto es á lo que vino Juan de Dios. Pasó el Sacerdote, pasó el Levita; pero llegó luego un compasivo Samaritano, y movido de misericordia, *misericordia motus*, erigió un monumento eterno á la misericordia oprimida de la enfermedad. Desátese quanto quiera la malicia contra estas santas y hermosas sociedades: esos hombres tan llenos de una compasion fingida, que aun no llega á ser natural: esos hombres tan zelosos por la humanidad y bien público: esos panegiristas tan decantados de los derechos del hombre, ¿podrán resistirse á confesar que este inmortal trofeo, ideado, erigido y consagrado á la caridad christiana, formará eternamente el elogio del hombre de muchos hombres, del amador de sus semejantes, del asilo de la humanidad, del próximo expresado en el evangelio?

Yo no negaré que la caridad es el fundamento

(1) Cant. c. 5. à v. 11. usque in fin.

sobre que descansan todas las sociedades religiosas; pero añadiré, que esta gloria comun á todas ellas, lo es muy particular y propia de la de San Juan de Dios. La Iglesia publica lo preciosos que son hoy sus hijos para la religion, y el deista confiesa que son muy útiles al Estado. Los enemigos de la fé respetan en ellos unas virtudes, que les parece duro el imitarlas. En ellos se reproducen los Velascos, los Arias, los Avilas, y los Martinez; mas ya no os acordeis de estos grandes hombres; atended solamente que el mundo no puede corromperles con sus honores, ni la Iglesia alhagarles con sus dignidades. Consagrados una vez á la servidumbre de los pobres enfermos, ya no tienen á que atender, ni aún que desear. Sobre aquellos lechos, objetos tristes y los mas violentos á la naturaleza, allí nacen, prosperan y fenecen todas sus esperanzas: pero yo me detengo sobradamente en su elogio: Hijos de Juan de Dios, que no aspiró á otra cosa sino al mérito de la caridad y á su digna recompensa. Vuelvo á proponeros la idea y plan de mi discurso: *¿Quis tibi videtur proximus?...Vade, & tu fac similiter.* Si te parece tu verdadero próximo, haz otro tanto como hizo él. Tal es el caracter de este Samaritano, capáz para convencernos de que sola la virtud y no la dignidad merece nuestras alabanzas. Juan de Dios sin el caracter del Sacerdote, sin la distincion del Levita: contento con los oficios de un hombre lego, hizo lo que nadie imaginó; y solícito de aquella corona que no se concede sobre la tierra, llegó á ser, sino por oficio á lo menos por su zelo, apóstol, modelo y víctima de la caridad; y si en la tierra no se juzgó digno de inmolar al Cor-

dero de Dios sobre los Altares, en el dia ofrece eternos incienso delante el tabernáculo de la Divina Esencia, revestido con la primer estola, que le asegura la posesion de la segunda. No continuemos su elogio sin pedir los auxilios de la gracia. *Ave Maria.*

¡Felices los que nada aman sino á Dios! ¡Felices los que nada aman sino en Dios! Este es el único y solo precepto á que está reducida toda la observancia de la ley, y el que en sí solo comprehende todo el mérito de la perfeccion evangélica. Amor y caridad es una misma cosa; porque el amor mutuo del Padre y del Hijo, de donde resulta y procede el Espiritu Santo, es el que se derrama, se comunica, enciende y forma este sagrado fuego que se llama caridad (1). Desde que Jesu-Christo vino á introducir en el mundo este incendio general, podemos decir, que es imposible amar á Dios sin amar á nuestro prójimo, porque formando un solo cuerpo con él, no puede componerse amar á la cabeza sin amar y compadecerse de qualquiera de sus miembros. ¿Por dónde conoceremos, pregunta San Juan, que amamos á Dios (2)? y responde: por el amor que tuviésemos á nuestro prójimo. El que dice que ama á Dios, prosigue el mismo Evangelista, y aborrece á su hermano, es un embustero (3). Hermanos míos, amémonos los unos á los otros, porque el Señor nos amó primero. Sobre esto insiste divinamente en su primer

(1) *Charitas Dei diffusa est in nobis per inhabitantem Spiritum Sanctum in nobis.* S. Agust. lib. de Bon. Epist. ad Bon. & in inumerab. loc.

(2) Epist. B. Joan. Apost. cap. 4. vers. 13.

(3) Ibi vers. 20.

epístola, inculcando de tal modo el amor de Dios con el del próximo, que nos persuade con evidencia, que la misma llama ó emoción del espíritu que nos dirige hácia Dios, debe mover, brillar y lucir con respecto á nuestro próximo.

Este fue sin duda el espectáculo mas hermoso en el establecimiento del christianismo: la antigüedad pagana perdió sus ídolos, la filosofía sus sofismas, y las costumbres hasta entonces abominables y bárbaras se hicieron suaves é inocentes. Ya no se vió á la vanidad mandando al mundo, á la superstición promulgando leyes, ni á la ambición dominando el corazón del hombre; la verdad con todo su esplendor, la unión, la concordia, la amistad, la compasión, la confraternidad se hicieron árbitras absolutas de los corazones y de los entendimientos, y formaron un nuevo imperio sobre las ruinas de las pasiones y sentidos. Con este impulso de amor, el hombre evangélico restituido á Dios y á sí mismo, se ha manifestado quasi de una substancia angélica, y como de repente ciudadano de los cielos. Sublimaronse sus ideas, se hicieron celestiales sus deseos, dóciles sus sentidos, y sus pasiones racionales; y con el ejercicio de la caridad que trae consigo la práctica heroyca de las demás virtudes, hasta su mismo cuerpo se espiritualizó en cierto modo. Un hombre así dispuesto goza la libertad de los hijos de Dios; no teme á los tiranos ni á las adversidades; se rie de las alabanzas y de los desprecios; solo estima la grandeza de ser inmortal; se consume en servicio de sus hermanos, y se reputa por siervo inútil. No come, bebe, ni respira sino para gloria de Dios; se oculta quando obra el

bien, al modo que otros quando hacen el mal; está poseido de la emulacion, pero no dominado por envidia; quiere y anhela hacer otro tanto como los otros, pero no se entristece de que hagan otros mas de lo que hace él; no sabe, en fin, qué son contradicciones, zelos, etiquetas ni mal humor. Es verdadero padre, es verdadero amigo, es todo de todos los hombres y todo de Dios; es nuestro íntimo próximo; es á un tiempo mismo intérprete y executor de la ley; es el erario de todas las virtudes: *¿Quis est meus proximus?... qui fecit misericordiam.*

Si alguno dudase de estas verdades, yo le preguntaré con Jesu-Christo al Doctor del evangelio que me propuse comentar: *¿quomodo legis?* Pero yo juzgo ociosa esta pregunta quando vamos á tratar de los heróyicos hechos y virtudes de San Juan de Dios. Este exemplo, como mas de cerca viene á ser para nosotros como un evangelio vivo y animado. ¿Qué leemos, pues, en la portentosa vida de este héroe de la caridad? *¿Quomodo legis?* ¿Cómo pensó Juan de Dios sobre el amor al descanso, á la ociosidad, á la molicie y poltronería? *¿Quomodo legis?* Con qué ojos miró los placeres, las riquezas, los honores del mundo? ¿Quáles fueron sus ocupaciones y trabajos? *¿Quomodo legis?* Ved aquí el uso que Jesu-Christo nos enseña á hacer de la ley, y el que yo pretendo que imiteis con el exemplo que os propongo. Allá el Doctor respondió, amarás á tu Dios y Señor con toda tu alma, con todas tus fuerzas, con todo tu corazon; y al próximo como á tí mismo: y Juan de Dios amó de tal modo á su Señor y á su próximo, que con igual motivo puede llamarse Juan de Dios, como Juan de los hombres.

No hay necesidad de referir aquí aquella fé viva con que creyó todos los misterios de la religion que habia recibido en el bautismo; aquella inalterable esperanza en medio de las contradicciones y adversidades de un ministerio trabajoso; aquel valor heróyco con que sabe despreciarlo todo hasta su vida por la gloria de Dios; aquella obediencia profunda, aquella humildad ingeniosa, aquel adorable respeto con que derrama su corazon á los pies de Jesu-Christo, y le sirve y reconoce en sus vivas imágenes. Mi gran Padre San Agustin, como tan versado en esta materia del amor divino, trata de ella con tanto primor, que acompañando al acierto la seguridad de sus palabras, dice: *qui recte amat, recte credit & sperat*. Si, basta saber, que alguno ama á Dios como debe ser amado, para decir sin temor, que cree, que espera; que la humildad, la obediencia, la abnegacion, la fortaleza, todo el conjunto sagrado de virtudes forman la corona de su santidad. Amad á Dios, hermanos míos, y habeis cumplido ya toda la ley. El mérito de la caridad, es el mérito de todas las virtudes. Juan de Dios fue su modelo, su apóstol y su gloria: modelo por el fervor con que la practicó: apóstol por su zelo en establecerla: y su gloria por las virtudes con que la acompañó. No os parezca que me excedo en su elogio quando digo que fue modelo de la caridad.

El amor que nosotros tenemos á nuestro próximo, es como un efecto y consecuencia del amor que Dios nos tiene: asi se explica San Juan (1). Es ver-

(1) Ibi.

dad que la conducta del hombre solamente manifiesta su superficie, y aunque alguna vez declara su interior, las mas le oculta y le disfraza. El hombre solamente existe, vive y obra en el corazon del hombre. ¿Por qué Juan de Dios amó tanto á los hombres? No me detendré, Señores, en probar aquella parte que pudo tener la naturaleza en el nacimiento de nuestro Santo: bien conoceis, que si la cuna de los Príncipes es el primer teatro de sus flaquezas, la de San Juan de Dios debia serlo de su gloria. Que si habia de levantarse un nuevo Profeta en Portugal; si un ministro divinamente inspirado anunció á todo este Reyno, que el niño Juan estaba destinado para ser el protector y padre de los pobres, en un siglo en que tan olvidada se hallaba la compasion y humanidad; necesariamente era todo esto obra de la gracia. Aun mas; como habia de levantar el estandarte de la caridad, y alistar en él un nuevo pueblo, nació en el seno de una familia que poseía por herencia esta virtud. Contento con una mediana fortuna, la caridad multiplica entre sus manos los socorros. Sabía con mi gran Padre San Agustin, que toda abundancia sin Dios, no es mas que una verdadera necesidad: *omnis copia quæ Deus non est, egestas est*; y sin desear otra cosa sino lo poco que el Señor le habia dado, supo acaudalar ricos é incorruptibles tesoros. La historia de su vida no sé por qué motivo calla el nombre de su madre, pero sabiendo que su padre era un segundo Abraham, sino en las riquezas, en el amor y caridad con los pobres, ya no dudaré llamarla nueva Sara. ¡Oh religion santa! ¡Oh Iglesia de Jesu-Christo! ¿Qué no debes prometerte de una

caridad, cuyos primeros ensayos anuncian una virtud consumada? La caridad nació con él; la sacó de las entrañas de su madre, como se dixo de Job; la manifestó sin conocer mas término que sus bienes y sus fuerzas. Apurados estos recursos, buscará arbitrios: crecerá con él hasta coronarle con todo el esplendor de los Santos; y su corazón se entristecerá de no hallar necesitados con quienes repartir los bienes que no posee.

Aquí era necesario interrumpir su elogio, porque de repente parece como haberse apagado aquella seráfica llama que tocaba con los cielos. Pobres de Jesu-Christo, ¡si habreis perdido el derecho que teniais sobre su corazón! El fuego sagrado se ocultará en el pozo: no se descubrirá otra cosa que un poco de agua crasa (1); pero sin padecer eclipse, renacerá en breve con maravillosa actividad. El habitante de Jerusalem, andará perdido por los caminos de Jericó: cayó en manos de ladrones: fue despojado: fue herido; pero todavía no está muerto: *incidit in latrones*. Un Sacerdote hipócrita recibe los efectos de la hospitalidad de los padres del niño Juan, como vió y conoció que esta casa mas podia llamarse Jerusalem pacífica, que morada ó domicilio de hombres, se insinúa en los ánimos con supersticiosa devoción, se disfraza con una santidad simulada, y con enfático estilo finge y refiere maravillas que habia obrado en España. Juan de Dios arrebatado por una inocente curiosidad, creyendo ángel de luz, al que era espíritu de tinieblas; cede á sus secretas y fraudulentas

(1) *Lib. 2. Machab. cap. 1.*

solicitaciones , y este ministro de la mentira le saca engañado de la casa de sus padres , le ofrece su proteccion y compañía , le lleva consigo , y poco despues lo abandona: *incidit in latrones.*

— Sí, Señores , asi llamaré yo á quien con sacrilega temeridad robó á unos padres santos el tesoro en quien habian depositado la herencia de la caridad. Oropesa , donde llega solo y desamparado este niño incógnito , es para el nuevo Josef un nuevo Egypto. Allí le llama la grandeza , allí le espera la gloria. ¿ Mas qué esperanza puede lisonjear á un niño de nueve años , ausente de su patria , errante , desconocido , cruelmente abandonado , injustamente oprimido , virtuoso por inclinacion , pecador en su conciencia aunque sin notable fragilidad , penitente por reflexion , reducido por su indigencia á guardar ganado en el desierto en su edad juvenil , ó á manejar las armas en la guerra en su mocedad ? ¡ Ah ! Juan de Dios en este estado ya no es lo que era antes: *incidit in latrones.* Asi pudiera rezelarse de qualquiera otra virtud menos probada que la suya. Tan presto pastor como soldado , no esperéis ver en él un David , que despues de haber caminado largo tiempo segun el corazon de Dios , se le presenta el engaño , se dexa llevar de él , se olvida de su piedad , y se le revela su propio corazon ; mas bien podeis representaroslo como un Moysés , haciéndose digno de los mayores elogios , manifestándose superior á la miseria en que su fortuna lo habia constituido , despreciando las alianzas tan ventajosas como inesperadas , hecho árbitro de su suerte solamente con que hable.

¡ Libertad humana tan desarreglada y mudable,

quán fácilmente puedes oponerte á tu misma felicidad! ; Amistad del hombre, quán indigna eres de compararte con la de Dios! Entre los hombres, unos son falsos en sus caricias, otros inconstantes en sus resoluciones, muchos infieles á sus palabras, casi todos interesados en sus designios, sin dexar en nuestro corazon mas que un amargo arrepentimiento de haber hecho sobrada confianza de su amistad. ¿A qué derrumbaderos y precipicios no expuso á Juan de Dios la de un falso amigo? Sacerdote mucho mas duro que el de los caminos de Jericó, no solo le miró con indiferencia, sino que le despojó, dexándole quasi muerto, ó medio vivo: *semivivo relicto*. Si vuestra mano, ¡ó Dios mio! no lo hubiese sostenido, era seguro el naufragio, inevitable su pérdida. Tan inocente en el desierto como irreprehensible en la milicia, ¿qué tendrá de que convertirse Juan de Dios, quando este Señor le llama á una caridad perfecta? El manejó con igual sencillez las armas en el campo de guerra, como la honda y el cayado en el monte. Su facilidad fue extrema en pasar de un estado á otro. Tres veces pastor y otras tantas soldado; el tumulto como la soledad contribuirán á su propia santificacion. Fluctuará, andará errante sobre su destino; pero sin perder jamás de vista su verdadero y último fin.

¿Por qué virtud empezaré el elogio que debo hacer de este grande hombre? ¿Será por su castidad tan ignorada entre los guerreros? nunca echó sobre muger alguna aquellas miradas indecentes y libertinas, que muchas veces sin manchar la carne dexan en el alma perniciosas semillas de impureza. ¿Será por su intrepidez y su valor? él tuvo esfuerzo para

arrojarse solo sobre el campo enemigo en el sitio de Fuente Rabia, donde cien veces hubiera perdido la vida, si la gran Madre de Dios no tomase á su cuidado preservarla por un decidido milagro. ¿Será por su bondad y su dulzura? si los hombres acostumbrados á robar los bienes ajenos, no se dexan lastimar de las súplicas ni de los gemidos de los miserables, á quienes arruinan; ved aquí uno, en cuyo corazon, como en el de Job, parecía haber nacido la compasion. ¿Será por su caridad? ya leo en vuestros semblantes lo que esperais que os diga. Hablo de aquel hecho que nos refiere su vida, quando para socorrer á su amo, cuya ilustre familia se hallaba reducida á la última miseria por un contraste político, se obligó á trabajar de peón de albañil para sustentar con sus sudores aquellas desgraciadas personas, despues de haber vendido dos capas, que eran su único patrimonio. Llamad si os parece conversion la vida de un soldado, que pudiera compararse con la del anacoreta mas rígido y fervoroso; que siempre se mantuvo de lo que recogia de limosna, cuya ingeniosa caridad, haciéndole miserable para sí, le constituía rico y generoso para los demás; á quien en su mayor necesidad socorre el cielo con tres milagrosos panes, que le suministra una mano invisible como á Elías y como á Pablo; en cuyas manos, en fin, deposita una imágen de Maria Santísima la de su amado Hijo Jesus, que le habla, le consuela y fortaleze su espíritu, dudoso todavía de la perfeccion de su estado (1). Ver-

(1) Algunos historiadores de su vida empiezan á contar desde esta época la vocacion de San Juan de Dios, equivocadamente persuadidos de algunos extravíos que sufrió en el exercicio de las

dad es, que sorprendido en la mitad de su carrera, precipitado por el caballo, oprimido con el peso de este fogoso bruto, y bañado en su propia sangre, paréceme Juan de Dios un nuevo Saulo, á quien á pesar de sus rectas intenciones y delicada conciencia, pone el Señor delante de sus ojos la triste imágen de la muerte, para que aquel que tantas veces la había despreciado entre los peligros de la guerra, se horrorize ahora á vista del sepulcro. Su corazón fácil y pronto á las impresiones de la gracia, no tiene necesidad de preguntar con aquel aturrido Apóstol: *Señor, ¿qué quereis que yo haga?* Acostumbrado desde su niñez como Samuel á la revelacion de los misterios y voluntades del Señor, su curacion no se confia á algun profeta, sino al oráculo y Señor de los profetas. Jesu-Christo será el Samaritano de Juan, para que lo sea él de su próximo.

Pobres de Jesu-Christo, que aun vivís en su corazón, alzad el grito, pedid por una vida que os es tan importante, interponed vuestras oraciones por sus beneficios: *quoniam fletus pauperum exaudivit Dominus* (1). Con efecto, Juan de Dios se recobra, llora sobre su delicada conciencia, gime, suspira y conoce no ser de la aprobacion divina que continuase en el militar exercicio. En este estado de confusion y de duda para su alma, Juan de Dios se mira lleno de virtud, aspira á la perfeccion, y como ya no era del mundo, el mundo lo desconoce. Los Santos, Señores, armas; pero los prodigios de su niñez, juntos con los que aquí se refieren recibidos en el estado de pastor y de soldado, acreditan su santidad uniforme.

(1) Psalm. 9. vers. 41. (1)

res, siempre tienen enemigos. La calumnia y la injusticia se arman contra él, la una para acusarlo, la otra para condenarlo. El que habia caido en manos de ladrones es calumniado y sentenciado por ladron: *incidit in latrones*. En un infame suplicio debe espirar y morir la imágen de la caridad: ¿pero qué mucho, si la caridad misma fue puesta en un patíbulo igualmente ignominioso, destinando á Jesu-Christo á morir entre ladrones (1)? Aquí me convierto todo á vos, ¡ó dulce Jesus! Mirad el peligro en que se hallan la vida y honra de vuestro siervo: si la injusticia triunfa, padecerá la verdad: si la caridad se apaga, el mundo quedará en tinieblas: descubrase el verdadero reo, y absuélvase á nuestro Santo.

Asi sucedió en efecto; y tan convencido de estos desengaños, como temeroso de estos peligros, dexa el servicio de las armas, enciende los primeros deseos en su corazon, y dá toda la extension posible á su caridad. Tan presto quiere morir por Dios, como vivir para sus hermanos. Lleno de dudas y remordimientos anda de acá para allá, medita, se examina, y nada resuelve. Camina á tuestas y á ciegas sin saber donde pone el pie, ni á dónde vá. Se le presenta repentinamente en el camino un tierno niño con los pies descalzos, y como fatigado por el cansancio. Su caridad activa y fervorosa no se detiene en reflexiones; quítase los zapatos y los calza al inocente parvulito. Apenas advierte la desproporcion, toma al niño en sus brazos, carga con él sobre sus hombros, y le sirve en su jornada. Juan de Dios se

(1) *Inter iniquos reputatus est. Marc. cap. 15. vers. 28.*

mira oprimido y abrumado con un peso descomunal y extraordinario; ¿y á quién no oprimiría todo el lleno de la gloria de Dios? Mas claramente, ¿á quién no amedrentaría la vista de la cruz que se le prepara? á Juan de Dios, que descansando para tomar nuevas fuerzas, recibe de la mano del niño una granada entreabierta con una cruz en el centro, y oye de su boca estas palabras: *Juan de Dios, Granada será tu cruz.* Esta es la primera época de su vocacion. Jesu-Christo, en forma de aquel hermoso niño le llama *Juan de Dios*: él es quien le impone tan dulce nombre: le enseña qual deba ser el teatro de sus triunfos; y le señala, digamoslo así, la senda por donde ha de llegar á la perfeccion de la caridad.

Nuevo nombre, exclama mi gran Padre S. Agustín, nueva significacion. Á Abraham se le muda el nombre quando le constituye Dios padre de muchas gentes: al Precursor se le añade el nombre de Bautista en el Jordán: á Cefas el de Pedro por la firmeza de su fé: ¿y por qué Jesu-Christo daría con tanta propiedad á nuestro héroe el bello nombre de Juan de Dios? juzgado por estas reglas de la Escritura.

Quando el profeta Ezequiel nos refiere la misteriosa vision del carro tirado por quatro animales que con extraordinaria rapidéz iban á donde quiera que un espíritu superior y dominante los arrebatava; nos dice al mismo tiempo, que eran semejantes á un hombre, y que baxo las alas que tenian en quatro diferentes partes de su cuerpo, se les distinguian manos de hombre (1). A las águilas y demás aves que llevan

(1) Ezech. c. i. vv. 5. & 8.

su vuelo á la mas alta region del ayre, no les corresponden manos, sino solamente uñas y garras: ningun lineamento se les descubre que ofrezca idea de semejanza humana, y sus ojos encendidos despiden terror y amenazas por todas partes. ¡Pobres de Jesu-Christo, si caeis en las garras de estas fieras aves! ¿qué triste recurso queda á vuestra afliccion é indignancia? No solamente os desprecian, sino que tambien os insultan. No solo os niegan el bien, sino que se empeñan en mostraros que sois indignos de recibirlo. Os miran con ojos terribles, y alguno que debiera consolaros con palabras blandas y suaves, reprehende vuestra ociosidad, vuestra disipacion, vuestras mentiras y artificios en encarecer vuestras necesidades. Pero, ¡quán felices sois, ó pobres, quando las águilas que llevan el carro eclesiástico tienen baxo sus alas manos y aspecto de hombre! Sus manos os alivian, su semblante os consuela: sus manos os suministran la salud, su semblante os causa alegria. Un cierto ayre dulce y humano suaviza en algun modo vuestras fatigas; derraman sobre vosotros el vino y el aceyte, es decir, la salud y la gracia; y hacen conocer que os abren sus corazones antes de abriros los tesoros de su caridad: *Aspectus eorum, similitudo hominis.*

¡Pobre hombre tendido en el camino de Jericó! ¿El Sacerdote y el Levita te miran sin que los enternezca tu miseria? un estrangero, un samaritano, un soldado, y un pastor aliviará tus necesidades con un pronto y no esperado remedio. Bien sabeis lo que hizo Juan de Dios para el establecimiento de su Religion, tan respetable hasta para la mas orgullosa filosofia; pero acaso no sabreis el principio que le obligó mas

vivamente á executar lo que tan santamente tenia proyectado. Aprendedlo, hermanos míos, y quiera el cielo que en estas miserias públicas haga su exemplo alguna impresion en vuestros corazones. Se creyó obligado á aliviar á este pobre, porque ninguno le asistía: se persuadió que la dureza de los demás, le precisaba á una accion misericordiosa; y que si el cielo habia permitido que este infeliz quedase abandonado de quantos pasajeros le miraban, era suya la obligacion de asistirlo. ¡Ah! pues ninguno tiene lástima de tí, es menester que yo la tenga: ¿te dexan morir en la enfermedad sin prepararte ningun remedio? aquí tienes mi salud por tus dolencias, mi vida por la tuya; y quando ésta fenezca, depositaré en mis hijos estas entrañas de misericordia: porque, ¿quién de vosotros se halla enfermo, y no padezco yo en su enfermedad: ¿*Quis infirmatur & ego non infirmor* (1)?

Asi hablaba San Pablo, y asi obró San Juan de Dios. Todavía permanece el fruto de su caridad, y se reproduce y multiplica cada dia. El infierno no dexa ni calumnia, ni sospecha, ni infamia, ni persecucion que no mueva contra nuestro Santo, y hasta su misma humildad le declara una cruel guerra. El discípulo de la cruz quiere imitar su santa locura. El fingido delirio con que pretende disimular su santidad; el hábito andrajoso y ridículo con que comparece en público; los gritos, ademanes, enagenamientos; en fin, su locura respetable y misteriosa le concilian y acarrean las burlas, el ódio, é irrisiones del pueblo. Granada empieza á ser su cruz, se-

(1) Ad Corint. 2. cap. 11. v. 29.

gun la prediccion de Jesu-Christo. Será atado, azotado y apaleado como verdadero loco; y el hospital donde se le encierra, teatro de los presentes abatimientos, en breve será la gloriosa cuna de los mayores prodigios.

Venid apóstol zeloso, director prudente, oráculo de la verdad, y gloria del sacerdocio: venid glorioso intérprete de los espíritus, venerable Juan de Avila; y como eloqüente apologista de la santidad, asegura los respetos públicos al mismo contra quien parecen haberse declarado los Príncipes, los Magistrados, el mundo y el infierno. Juan de Avila exâmina á Juan de Dios, lo conoce, lo aplaude, y lo admira á un mismo tiempo. El testimonio de este acreditado apóstol, es la voz pública que disipa y confunde las censuras y á los censores. Ya en adelante son inútiles los esfuerzos con que se pretenden detener las corrientes de este caudaloso rio; nacerán, crecerán, y llegarán á su plenitud. La caridad sostenida por Dios, nada tiene que temer de parte de los hombres.

En el mismo hospital donde encerraron á Juan de Dios, y donde padeció tantos desprecios, se abre de repente un nuevo asilo á la miseria. Se juntan en él todas las enfermedades; pero tambien acuden hombres de todas partes para aliviarlas. Allí se reproduce la imâgen de las aflicciones humanas en mil pinturas diferentes: la multitud de necesidades está pidiendo todas las asistencias del zelo, y el zelo mas activo no suele tener otra recompensa que ingraticudes. Allí las quejas del dolor se mezclan con las de descontento; y convierten el ministerio mas penoso en el

ministerio de menor consuelo. Allí se comunican las enfermedades que se intentan curar, y muchas veces el asistente es víctima del contagio de que libra á otros. Allí se vive entre cadáveres, y muchos quedan entre los muertos, por haberse dedicado á socorrer á los vivos. Si la caridad dió alas á San Juan de Dios para acudir al socorro de la humanidad afligida, tambien le dá manos para aliviarla. Su semblante y sus miradas eran de hombre: *Aspēctus eorum, similitudo hominis*. Fueron miradas de un hombre samaritano que alcanzó á ver lo que no vieron el Sacerdote y el Levita. Jamás usó de aquellas palabras duras, que mas sirven para enconar las heridas de los miserables, que para curarlas, reprehendiéndoles su importunidad, sus artificios y defectos pasados. Jamás los recibió con aquel ayre indigesto y semblante áspero que les dá con una melancólica liberalidad, lo que concedido con un poco de dulzura los dexaría mas obligados. Preguntadle, agradecidos Tobías, ¿qué recompensa quiere recibir de vosotros? que él, lleno de una santa confianza os responderá, no espera recibir de los hombres la recompensa de lo que hace por Dios. De este modo dilató los espacios de la caridad, fué su modelo y su apóstol; pero fué tambien su gloria, manifestando al mundo, que para ser verdaderamente santo, basta ser verdaderamente caritativo.

Con efecto, ¿qué tiene la santidad mas heroyca, que no lo consiga la caridad ardiente de Juan de Dios? Miradle adornado con la corona de espinas que recibió de la mano de Maria Santísima, y con que quedó transformado en una imagen viva de Dios,



muerto por su amor. Oíd el estilo con que habla de su Dios, y más que hombre os parecerá un serafín abrasado en el fuego del amor divino. Seguid los pasos de esta sangrienta víctima, impelida de su amor, y deseosa de consumir su sacrificio; que anhela por los peligros y persecuciones de la primitiva Iglesia; que vuela á los climas mas remotos en busca de la espada de los tiranos; pero á la que el ángel del Señor, que camina delante, cubre, protege y salva. Juan de Dios halla veneraciones y respetos, donde solo esperaba ultrages y suplicios: su corazón engañado gime y se queja; pero si el cielo se niega á sus deseos, es por concederle aun mas de lo que pide. Jesu-Christo, que le habia señalado su cruz, toma la figura de enfermo, y se le presenta en la calle. Juan de Dios, siguiendo el impulso de su caridad, le toma en brazos, le conduce á su hospital, le coloca en la cama, y empieza á practicar con él los oficios de la caridad. Quiere besar sus pies, y al arrimar los labios, advierte la cisura de los clavos: su corazón se siente herido, alza los ojos, mira, adora, y desaparece el enfermo. Desde este momento todo Juan de Dios es un horno del amor divino; por donde camina, vá arrojando llamas, y es tal su actividad, que engañados los enfermos, creyendo que se abrasaba el edificio, entre el susto y el temor, empiezan á gritar *fuego, fuego*, que se quema el hospital: y en verdad ardia éste, porque ardia solo el corazón de Juan Dios. Yo, señores, me he fixado en un asunto cuyos límites son interminables. Los trabajos, las virtudes, su misma fé, su esperanza acabaron juntamente con su vida; pero no acabó ni aca-

bará jamás su caridad ; y pretender vaciar aquí todo su mérito , es obra solamente del deseo. Diré alguna cosa sobre la recompensa de su caridad , y con esto terminaré su elogio.

2 La caridad es uno de los milagros mas patentes , y aun el mas propio para convencernos , de que hay una providencia especial , atenta siempre á cuidar del pueblo christiano , y una providencia que se interesa en justificar la verdad de los oráculos evangélicos. Al ver el exemplo de Juan de Dios , al oír sus palabras , á la fama de sus virtudes , acuden de todas partes muchos fervorosos discípulos á ponerse en manos de este nuevo legislador , cargan sobre sí el peso de su instituto , participan de los trabajos de su zelo , y se declaran compañeros de su caridad. Constituido Juan de Dios Padre de la mas numerosa familia que el cielo confia á su cuidado , se halla en precision de mantener esta nueva sociedad : pero , ¡ah católicos , qué poco conocemos las riquezas de la providencia , y las infinitas misericordias de Dios , á quien él adora ! Que Josef penetre los futuros arcanos : que divinamente inspirado prevenga el remedio para las desgracias que amenazan : que con su profunda sabiduría prepare los medios con que aliviar al afligido Egipto , no es mucha maravilla , porque al fin tenia en sus manos la rienda de un vasto imperio ; pero Juan de Dios que no ha estudiado la ciencia que dá movimiento á la abundancia y á la felicidad pública : Juan de Dios , hombre sin crédito ni autoridad , ¡que este hombre se prometa tanto poder ! mas que confianza santa , me parece loca temeridad ; pero posee á Jesu-Christo por la caridad , y con esta vir-

tud le sobra todo: *omnis copia, quæ Deus non est, egestas est.* Las riquezas de Egipto pasarán á las manos de Israel; los pueblos edificarán con ánsia hospitales que sirvan de habitacion, y de escuela á sus hijos; se anticiparán los efectos á todos sus deseos; no les darán tiempo para pedir, y aun acaso no tendrán lugar de desear. Felipe II. Monarca igualmente sábio y virtuoso, desea ver á Juan de Dios, le llama, le habla con agrado, conoce su desinterés; y adelantándose á sus súplicas, aplaude su caridad, se declara protector de su instituto, lo enriquece, y le llena de favores. Juan de Dios se hallará mas ocupado en desprenderse de lo abundante y superfluo, que en buscar lo necesario; y en defender á sus hijos de las riquezas que les presenten, que en suavizar los rigores de la pobreza que han abrazado.

¿Qué felicidades no acompañaron á la caridad de Juan de Dios! Todos sabemos que en la santa Sion, los escogidos se hallan embriagados en un torrente de delicias: allí el cielo los recompensa, aquí los prueba: allí descansan en el seno del Dios de gloria y de felicidad, aquí caminan siguiendo las sangrientas huellas de un Dios crucificado: ¿pues cómo he de poder yo persuadiros que Juan de Dios gozaba ya por la caridad los gages de bienaventurado sobre la tierra? Su union con Dios, por medio de una oracion y contemplacion, quasi continuas; su freqüente trato con Jesu-Christo y su Santisima Madre, que le entregaron las espinas y la cruz, como vínculo de la mayor felicidad, le arrebatan por largo tiempo en el ayre, bebiendo siempre y á todas horas las inefables delicias de las comunicaciones celestiales. ¿No sucede mu-

chas veces , que baxo la prosperidad y satisfaccion se ocultan los sinsabores? ¿Pues por qué la caridad no ha de ocultar la paz y el gozo interior? Quántos justos insultan con San Gerónimo á la prosperidad de los mundanos , y les dicen : vosotros teneis lástima de nuestro estado ; pero nosotros con mas justa razon nos compadecemos del vuestro : *Tales miseros arbitraris , nos te miserabiliorem putamus*. Vosotros no creeis nuestra felicidad , porque solamente veis nuestro retiro , y no veis nuestro corazon ; y los que á vosotros os tienen por felices , es porque no ven vuestro corazon , y solamente ven vuestra fortuna. El placer reside en el corazon , y el hombre es feliz luego que es lo que desea ser. La poesía profana no es capaz , aun quando llega á estar acalorada con todo el fuego del entusiasmo , de producir imágenes tan sublimes , expresiones tan tiernas , frases tan enérgicas , ni deseos tan vivos como Juan de Dios quando habla á Jesu-Christo ; pero sobre ser tan vivas , todavia no explican su amor y su felicidad. No me atrevo , hermanos mios , á llevar mas adelante el discurso , por no profanar los dones de la gracia. El mismo Doctor de las gentes asegura que no podia referirlos dignamente. Contentémonos con preguntar á Juan de Dios , si luego que recibió de las manos de un Obispo el modelo del habito que el mismo Prelado le vistió ; si luego que reconoció asegurado su instituto , y que la providencia habia dispuesto por su medio aquel favorable asilo á la miseria afligida ; ¿preguntadle si era verdaderamente feliz? él os responderá que no trocaría su fortuna por el trono de un Monarca que fuese dueño de todo el mundo. Juan de Dios halló en los

trabajos la fuente de las puras y verdaderas delicias; pero encontró tambien en las obras de su caridad, lo sumo de la gloria y de los honores.

La caridad, que es Dios, le unió á sí, y Dios se le unió á él: fuego que es esta virtud consumió en él todas las inclinaciones al vicio: porque es sufrida, le dió esfuerzo para domar y despedazar ásperamente su cuerpo: porque no es ambiciosa, desvaneció en su ánimo todo amor á la fama y á la gloria: porque es benigna le dispuso á preparar al próximo todo género de bienes: porque no es envidiosa, hizo que comunicase á los demás su espíritu y virtud: porque inclina á creer, le dió una fé fecundísima en prodigios: porque todo lo espera, le dilató á él, dilató su nombre, dilató su proteccion. ¡Ó mérito! ¡Ó recompensa de la caridad! (1) Juan de Dios habla, y los ciegos abren los ojos para ver la luz; la muerte restituye los despojos con que se habia enriquecido; los elementos pierden su fuerza; y los animales mas feroces respetan su voz. Al mismo tiempo descende y descansa sobre su cabeza el espíritu de sabiduría; anuncia los sucesos futuros; lee los secretos ocultos del alma; vé los pensamientos; oye los deseos, y responde á las palabras del corazon. La muerte misma parece que no se atreve contra su vida, y aun la respeta y la defiende.

Una pequeña pavesa comunica el fuego á un magnífico hospital, obra digna de la liberalidad de

(1) Ad Corint. 1. cap. 13. vv. 4. 5. & 6. *Charitas patiens est, benigna est, non æmulatur, non agit perperam, non inflatur, non est ambitiosa, non irritatur, non cogitat malum; omnia suffert, omnia sperat, omnia sustinet.*

muchos Reyes, y nada distante del que Juan de Dios habia levantado. Toda la ciudad acude al incendio: éste crece, y se propaga rápidamente: mil víctimas oprimidas de la enfermedad, incapaces de moverse por su pie, en vano pretenden detener con sus manos los escombros con que se desmorona el edificio. Allá el grito del padre ó del esposo, acá el alarido de la madre y de la esposa: adentro las voces lastiméras de los enfermos, afuera los clamores del pueblo, el negro y espeso humo con que se enluta el cielo, la imperceptible velocidad de la llama, y extraños giros con que se propaga, el crugido del arquitrabe, el estallido que desune las mas robustas piedras, cuya inmensa mole precipita hácia la tierra: en medio de esta confusa gritería, y multitud turbada, el agua que sobra para llorar la desgracia, falta para extinguir el ímpetu y voracidad del elemento. Ya no se trasluce lineamento alguno del edificio, y el fuego airado no se contenta en devorar lo que prendió, sino que amenaza reducir toda la ciudad á un monton triste de ruinas. Las llamas se ocultan en la region del ayre, pero la llama de la caridad de Juan de Dios llega hasta los cielos. Hombre de fuego, ni le asusta ni acobarda la actividad de este elemento. Santamente pródigo de su vida, arrójase intrépido al peligro. Allí exórta, anima y trabaja: brevemente se pierde de vista, y todos creen y lloran como inevitable su desgracia. Aquí, confundidas las voces del dolor con las del agradecimiento, se olvidan tantas infelices víctimas por la que sacrifica la caridad. ¡Ó Dios! conservad la vida del padre á falta de la de tantos hijos. ¡Ó cuántos hombres vió en esta ocasion

Granada en un solo hombre! Juan de Dios triunfa de los peligros, disipa el temor, reprime el impetu del fuego, socorre á los enfermos, restituye la pública tranquilidad, y pone en espanto al terror y á la muerte. El fuego contra toda regla de la naturaleza respeta á Juan de Dios. Pero quando llegue la hora de dexar el mundo, de pagar la deuda de que tantas veces se habia constituido fiador por sus hermanos, de consumir en fin el sacrificio de su vida; se verá con mayor asombro, que su cadaver, depósito de otro sagrado incendio, conserva por muchas horas el calor que su alma le comunicaba en vida, y que la caridad es muy superior á la muerte. Puesto de rodillas en medio de su pobre celda, sin aliento y sin apoyo, con rostro alegre, clavados sus ojos en un Crucifixo; no se sabe si Juan de Dios ora, ó está arrebatao: la posicion de su cadáver asegura que aun vive, su inercia é insensibilidad que es ya muerto: parece un penitente vivo, el que ya algunas horas era bienaventurado.

Acordaros aquí el clamor universal del pueblo, las tristes pero gloriosas expresiones de tantos pobres, los elogios que se publican por todas partes: ¡ah! ¡qué afrenta ésta para los aparatos lúgubres del siglo, que solo sirven para aumentar las densas tinieblas del sepulcro! Ricos del mundo, ¿qué podrán deciros hoy los ministros del evangelio? En un siglo mas christiano que el nuestro, os propondriamos por modelo el fervor de la caridad de Juan de Dios; pero hoy me tendria yo por feliz, si aunque no esperase persuadiros á imitar sus sublimes virtudes, hallára en vuestros corazones lo que nuestro Santo llamaba

flaquezas y defectos de su alma. La suerte del pobre está en vuestras manos. El Señor, que parece haberse olvidado de esas infelices criaturas, las entrega á vuestro cuidado, para que enjugueis sus lágrimas, y fia de vuestra compasion el que las vengueis de los ultrajes de la fortuna. Continuamente están resonando en vuestros oídos las necesidades á que están sujetos estos lugares de asilo, obra de la caridad de Juan de Dios; pero continuamente se oyen tambien aquellas temerarias reflexiones: ¿soy yo responsable del poco cuidado ó mala administracion de los hospitales? ¿Está á mi cargo reparar las ruinas de la antigüedad y del tiempo? Pero escuchad, christianos: está á vuestro cargo el cumplimiento de la ley; ¿y la cumplís? Su observancia está vinculada al amor de Dios y del próximo; ¿le amareis dexandole pérecer en la miseria y enfermedad? Andad, y haced otro tanto, os dice Jesu-Christo: *vade, & tu fac similiter.* ¿Pero como quién? ¿Como el Samaritano del evangelio, ó como Juan de Dios, á quien yo lo he comparado? Ello es que á igual mérito siempre se sigue la misma recompensa: *similiter.* Estas consideraciones hicieron tal impresion en los primeros fieles, que su amor y confraternidad fueron atribuidos por los paganos á un caracter supersticioso, gravado en la naturaleza. Yo pregunto, hermanos míos, ¿si estos mismos paganos volviesen al mundo, si fuesen testigos de nuestra caridad fraterna, podrian acusarnos todavia de mágia y de supersticion? ¡Ah! si se me permite usar de la voz consagrada por el Apóstol, me atreveré á decir que admirarian en nosotros una especie de union y uniformidad, ¿pero de qué clase?

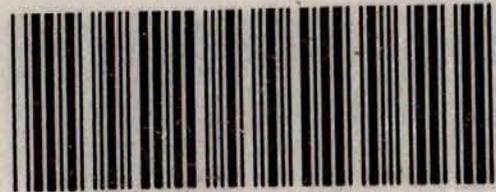
de indiferencia , de desapego , de frialdad en nuestras comunes calamidades y desgracias. San Pablo coloca en el número de los delitos mas abominables la falta de amor y de misericordia : *sine affectione & misericordia* ; y ésto hablando de los idólatras. ¿Cómo llamaría , pues , á un corazon christiano , indiferente á los sentimientos de piedad , al tiempo mismo que hieren sus ojos los objetos mas tiernos y compasivos? ¿Seremos mas frios en una religion tan santa , que los paganos entre los errores y tinieblas?

Almas , mas insensibles y duras que el bronce , no os escuseis con que otros mas ricos que vosotros miran tranquilamente á los pobres enfermos , sin darles ningun alivio. Los tiempos son malos ; ¿pero para quién? para los infelices , y no para vosotros , que hallais con que mantener , como siempre , vuestro juego , vuestra suntuosidad y vuestra destemplanza. Los tiempos son malos ; por esto vuestras caridades deben ser mas copiosas. Otras personas mas opulentas que vosotros se niegan á la asistencia de los enfermos ; por ésto mismo , en su defecto , debeis , en quanto es posible , poner los medios para que no perezcan : *Tibi derelictus est pauper* (1). Este cuidado no se le confió al avariento , al usurero , al codicioso ; si estas almas quieren condenarse , que se condenen. Á vosotros personalmente se os ha hecho este encargo ; á vosotros , digo , que quereis salvaros : *Tibi* : á vosotros , que deseais oír de la boca de Jesu-Christo que le habeis socorrido y visitado : *Tibi* : á vosotros , que amais á vuestro próximo , y á quienes se os dice

(1) *Psalm. 9. v. 38.*

expresamente que hagais otro tanto como hizo Juan de Dios : *Vade , & tu fac similiter*. Y toda vez que olvidamos á Dios , para quien fué formado nuestro corazon , para prostituirlo á las criaturas , dedicad á lo menos parte de esos sentimientos humanos á los que son vuestros semejantes , para que este amor del próximo , como mas vivo y mas sensible , os lleve al amor de Dios , en quien debemos amar á todos nuestros hermanos. Amad á Dios, católicos, y yo estoy seguro que todas las criaturas serán el objeto de vuestro amor puro y casto. Amad á Dios , y usad de misericordia con el próximo , y yo os prometo el mérito y recompensa que hoy corona á Juan de Dios : porque escrito está : *Hoc fac & vives*. Haz lo que él hizo , sigue los caminos que andubo , acredita que eres hermano de los hijos de Dios , ama al próximo sobre la tierra , si deseas amar á Dios con los angeles y bienaventurados en el cielo : *Hoc fac & vives*. Esta es la vida que yo os deseo á todos , prometida por Jesu-Christo , comunicada á San Juan de Dios , y preparada para la caridad , que manifestándose sobre la tierra , ha de brillar , crecer , lucir y arder eternamente en una inalterable , perpetua y feliz bienaventuranza. Amen.





1031487

expresamente que hagais otro tanto
 de Dios: Vade. & in fac similitudine
 olvidamos a Dios, para quien fu
 corazos, para prostrarlo a las
 lo menos parte de esos sentimientos humanos a los
 que son vuestros semejantes, para que este amor del
 proximo, como mas vivo y mas sensible, os lleve al
 amor de Dios, en quien debemos amar a todos nues-
 tros hermanos. Amad a Dios, catolicos, y yo estoy se-
 guro que todas las criaturas sean el objeto de vues-
 tro amor puro y casto. Amad a Dios, y usad de mi-
 sericordia con el proximo, y yo os premio el merito
 y recompensa que hoy corona a Juan de Dios: por
 que escrito esta: Hoc fac & vivas. Haz lo que el
 hizo, sigue los caminos que andubo, acredita que
 eres hermano de los hijos de Dios, ama al proximo
 sobre la tierra, si desas amar a Dios con los angeles
 y bienaventurados en el cielo: Hoc fac & vivas. Esta
 es la vida que yo os deseo a todos, prometida por
 Jesu-Christo, comunicada a San Juan de Dios, y
 preparada para la caridad, que manifestando sobre
 la tierra, ha de brillar, crecer, lucir y arder eterna-
 mente en una inalterable, perpetua y feliz bienaven-
 turanza. Amen.



